

# ¿POR QUE ME HICE LIBERAL?

ENRIQUE CHAMORRO S.

Ex-Ministro de Agricultura

Muchas personas en Nicaragua se encuentran sorprendidas de que un Chamorro, como yo, sea liberal y halla tenido una línea bastante destacada dentro de su partido desde la elección popular del General José María Moncada. Para comprender este fenómeno me he propuesto hacer un poco de historia y mostrar, a través de mi vida, la evolución social que va sufriendo este país; historia y evolución que fueron, en última instancia, las causas de mi profesión liberal.

Era allá por el año de 1906. Estaba muy joven. Mi padre había comprado una finca de café cerca de San Marcos donde solía pasar mis vacaciones. Acostumbraba llegar a ella a caballo y me eran familiares las personas de esos lugares.

En la plaza que después llegó a ser el parque de San Marcos ví muchas veces a un hombre, indio ciento por ciento, que manejaba una carretilla de esas de mano acarreando arena, moviendo tierra, trabajando en la plaza. Yo lo había conocido antes en la finca de mi padre y le tenía mucho cariño. Por eso, cuando llegué a la finca, le dije a mi padre por qué estaba aquél hombre donde lo había visto. Que si no le había gustado el trabajo de la finca. "No —me dijo— es que tenía un compromiso con un señor de San Marcos que no le pagaba bien, que no le daba buena comida y entonces se fugó. Este compromiso lo había hecho ante el Juez en papel sellado. Conmigo no había firmado ningún papel porque no quería que me empeñara su trabajo. El señor de San Marcos, por medio de las autoridades, lo mandó a capturar y le pasó la deuda al municipio". Pero lo peor era que el municipio le daba exceso de trabajo y como no podía pagar la deuda tenía que cumplir lo que le mandaban hacer. Esto me produjo una profunda impresión en el alma. ¡Aquél indio era casi un esclavo!

Más tarde, al terminar mis estudios de primaria, con el producto de la finca de café mi padre me mandó a educar a un centro en París. Estuve en un internado manejado por los dominicos. Pero con las leyes laicas de la Francia de entonces asistíamos a un Liceo público que estaba situado como a tres cuadras del edificio de donde vivíamos.

No hice malos estudios. Lo digo sin falso orgullo ni falsa modestia. El profesor de historia me tomó cariño. La historia de Francia me entusiasmaba. Platicaba con él y me preguntaba de las cosas de mi país. Yo le conté el caso del indio de San Marcos. El profesor me dijo: "Vea, Chamorro, eso se terminó hace más de un siglo con la Revolución Francesa del 93. No comprendo que eso suceda en su país. Como es posible que

halla padres que manden a sus hijos a estudiar aquí y que al mismo tiempo existan esas cosas". En París estudiaba un hermano mío y un primo hermano. El me hablaba de ideas sociales. Luego supe que era socialista, eminentemente socialista. Formaba parte del partido incipiente que en aquella época se iniciaba en Francia. Por lo tanto comencé absorber esas ideas de justicia social que en el ambiente en que me crié no las había absorbido no por orgullo, sino por la falta de orientación, por falta de nacionalismo.

En las proximidades de la Guerra Europea tuve que regresar a Nicaragua. Empecé a ver muchas cosas que no caminaban bien. Gobernaba el país don Adolfo Díaz. Veía mucha deficiencia. Acababa de terminar aquella famosa guerra civil en que el conservatismo se dividió en dos bandos: por una parte el General Mena y por otra el General Chamorro. Encontré el país con una moneda muy alta, con unas costumbres extrañas. No había lustrador de zapatos que no hablara de ametralladora, de balazos. Era un país completamente distinto al que había dejado. En seis años era prácticamente otro país.

Empecé a divagar a ver lo que hacía, a hacerme cargo de las haciendas de mi padre. Pero aquello no me satisfacía. No podía hacer más que lo que él hacía.

Resolví, entonces, iniciar mis estudios de Derecho. Por ese tiempo subió al poder el partido conservador genuino con el General Chamorro. Algunos agricultores de Managua le propusieron al Presidente la ley de agricultura, la que se había aplicado al indio de San Marcos y había existido en tiempo de Zelaya y en los Treinta Años.

Por ese tiempo se publicaron en EL CORREO una serie de artículos sobre las injusticias que se cometían. Todo eso fue motivo suficiente para sentirme desesperado y desprenderme del modo de pensar de los señores principales de Granada. Había leído mucho de las inquietudes de Jerez. Conocía las historias oficiales, las memorias de Jerónimo Pérez y veía en el partido de los calandracas y demócratas un fondo de justicia muy grande, un deseo de surgir, un afán de superación. Por otra parte los intereses creados, por una causa o por otra, se habían fosilizado en la clase privilegiada, digamos en la gente que llegó a formar después de don Fruto Chamorro el partido conservador.

Recuerdo una vez que don José Dolores Mondragón, un conservador a macha martillo, tenía un periódico en Granada llamado EL CONSERVADOR y comenzó a criticar una de las últimas administraciones conservadoras. Bastó ello para que el director de Policía de

Granada allanara su imprenta y la dejara inútil. Aquello me molestó mucho. Se levantó mi espíritu de justicia y fui donde varios de los principales conservadores de la Calle Atravesada para hacerles ver lo injusto que había sido aquel hecho, aquella caída del referido periódico que para ellos había sido como la caída de una hoja en el otoño.

Seguí viendo las cosas de un modo muy distinto. Continué estudiando mi carrera que deseaba coronar lo más pronto posible. Pensé en qué medios podía obtener para escribir mi tesis, dónde podía orientarme. Mis compañeros acostumbraban hacer las suyas discutiendo puntos de Derecho, el artículo tal o cual del Código Civil o del Código de Procedimiento. El profesor inspiraba al muchacho aquel punto y venía resultando la tesis más de él que del alumno a quien le profesaba cariño. No todo era harina del propio costal.

Examiné mi fuero interno a ver qué cosa me podía inspirar. Y encontré como tema apropiado a la Justicia Social. Basándome en esa ley de agricultura que existía promulgada por el Partido Conservador —la que hizo trabajar al indio de San Marcos— traté de hacer un esbozo que mostrara la situación de nuestros peones, del obrerismo, tomando en cuenta que ya había algunos balbucesos de reivindicación social en el país y que la situación del proletariado en el mundo tenía algún tiempo de estar avanzando. Tomé como punto de mi tesis lo siguiente: el socialismo solución o no solución el problema de la cuestión social. Mi conclusión era: no lo solución, pero lo ha mejorado mucho. Sobre esta base escribí en 1922 mi tesis de abogado, una tesis que desde entonces se podía llamar de izquierda. Tomé por los cabellos la famosa ley de agricultura y la dejamos completamente desbaratada. Utilicé como documento auténtico un contrato firmado por un pobre peón de Masaya y un agricultor de la misma ciudad de origen extranjero, contrato cuyo original llegó a mis manos. Allí están descritos los horrores a que estaba sujeto el peón obligado por su patrón. En seguida analizé los sistemas de impuestos, etc. En nuestra tesis, pues, deseábamos muchas cosas y en general una: la justicia social. Pero aquello, como tantas otras cosas que intenté hacer después, no caminó.

Antes de finalizar mi carrera de Derecho participé en dos misiones: una a Guatemala, donde palpé la tétrica situación de ese país bajo la dictadura de Estrada Cabrera; y otra Costa Rica sobre la unión centroamericana acompañado del Dr. Manuel Pasos Arana.

Vino después el incidente de Carlos Solórzano, el golpe que lo derrocó y las actitudes de muchísimas autoridades de los departamentos. Eso me puso el alma en una situación de tristeza terrible. Y hubo un momento en que, viendo ciertos hechos injustos, llegué a casa de don Martín Benard acompañado de mi padre y le dije: "Como es posible, don Martín, que estén haciendo esas cosas en nombre del partido conservador. Cómo es posible que Ud., que se llama hombre de orden, de esos ejemplos. En Rusia han promulgado un decreto que dice: Nada es de nadie, todo es del Estado. Y aquí sin decreto ninguno están tomando posesión de todo. Cómo son estas cosas?". Lo consideró, bajo la

cabeza y me dijo: "Doctor, así es la cosa. Nosotros no podemos nada".

Después llegué a mi casa y vi cometer otras injusticias. Era el momento en que tenía que decidir. Y decidí. Le dije a mi padre: "Hasta aquí conservador con ustedes. No más". Mi padre no me hizo ninguna observación. Esa misma noche fui a hacer un gesto simbólico que nunca le dí ninguna importancia porque que la cosa la tenía en el alma desde hacía muchos años. Fui a la casa del patriarca del liberalismo de Granada: don Valeriano Torres y firmé el libro rojo. Ya no quería ser contado en las filas del partido conservador. Por eso conspiré luego, trabajé con mi partido hasta que llegó el triunfo obtenido muy popularmente por el General José María Moncada que había realizado una brillante campaña y una política completamente desinteresada probada en las pláticas del Espino Negro con el General Stimpson.

Luego me nombraron, ya en tiempo de la administración liberal, Jefe Político del Departamento de Granada, cargo desde el cual traté con igualdad a la gente. Desde entonces empecé a hacer algunas gestiones de carácter social. Seguí luchando en mi partido, en elecciones internas, etcétera. Traté de introducir la ley de las sillas imitando a una que había visto en Francia donde los empleados de restaurantes y tiendas tenían sillas para que, en los momentos de descanso, se sentaran. En Francia se había establecido porque ese tipo de empleado, al estar en completa erección durante muchas horas, padecía de varicosis. También traté de varias la ley de Tasas, pero o no me expliqué muy bien o no las entendieron. Lo cierto es que me dijeron que el aceptar mis variantes, era cambiar el sistema de impositivo. Quise hacer algo parecido con la Beneficiencia Social, la obra cumbre de Moncada, pero aquello se borró en el aire.

Lo único que me dio resultado fue la ley de la reforma agraria. Cuando era Ministro de Agricultura empecé a trabajarla con don Luis Somoza. Se ha dicho que esa ley la habían pensado antes. Pero una cosa es tenerla en la mente y otra exteriorizarla.

Hasta aquí he mostrado mi militancia en las filas del Partido Liberal en el que encontré sentido para orientar mis inquietudes de justicia social, a pesar de que desde el General Moncada me vi muchas veces cohibido, obstaculizado, mal reportadas mis ideas.

Esa ha sido, pues, mi inquietud de justicia social, la que me hizo liberal y me entró en el alma cuando tenía diez u once años después de haber visto el trabajo de un pobre indio del barrio de La Cruz de la ciudad de San Marcos llamado Frígido García.

El otro día, haciendo recuerdos de mi niñez, llegué a la hacienda que había sido de mi padre. Y después pasé a ver el parque de San Marcos. Lo que ví fue algo simpático e irónico. Enfrente del Parque vi una columna donde está un libro de bronce: el Código del Trabajo, la obra imperecedera del General Anastasio Somoza García. Y estaba precisamente en el lugar donde cincuenta y tantos años atrás había visto cometer la mayor iniquidad en nombre de una ley, de un Código que se llamaba la Ley de Agricultura.